

DULCIS ET DECORUM EST PRO PATRIA MORI:
ANALISIS DE UNA
GUERRA SUBREALISTA

Jorge Nef

JORGE NEF

Doctor en ciencias políticas. Profesor de la Universidad de Guelph, Canadá.

*Matar está prohibido. Por lo tanto
todos los asesinos son castigados,
a menos que maten en grandes cantidades
y al sonido de trompetas.*

Voltaire

I. INTRODUCCION

América Latina no ha sido un continente rico en experiencias bélicas. Sin embargo, ha tenido el dudoso privilegio de vivir en las últimas décadas dos de los casos aparentemente más absurdos en los anales de los conflictos armados: la "Guerra del Fútbol", de 1969 (entre El Salvador y Honduras) y más recientemente la guerra subrealista de las Malvinas. Esto no quiere decir que haya necesariamente guerras "lógicas" o "racionales". (En el hecho, hablar de ganar una guerra tiene tan poco sentido como hablar de ganar un terremoto o una hambruna). Lo que estos dos episodios tienen en común es un grado de incongruencia situacional tan grotesco que ofrece una caricatura de los conflictos internacionales. Es quizás precisamente por su carácter de incongruencia extrema, que situaciones como éstas pueden ofrecer al analista político un "modelo" —desde la óptica del absurdo— para explorar algunas proposiciones sobre la guerra en general y sobre la naturaleza de las relaciones internacionales.

La tesis central de este artículo es que el enfrentamiento militar es, en el complejo mundo de hoy en día, un mecanismo altamente ineficiente como modo de resolución de conflicto internacional. Esto es particularmente claro en el caso de situaciones de dependencia e interdependencia complejas¹ entre los actores. En contraposición con las visiones "heroicas" de la historia, aquí se sugiere que las guerras antes mencionadas no solucionaron ninguno de los problemas latentes o manifiestos², que ellas pretendían resolver. El presente trabajo se concentrará exclusivamente en el conflicto anglo-argentino de 1982. El sugiere que la guerra del Atlántico sur —como se indicara más arriba— no sólo fue completamente inadecuada para resolver la compleja

trama de problemas que la generaron, sino que, creó serias disfunciones para la estabilidad internacional y exacerbó tensiones dentro y entre los Estados participantes y sus aliados. Desde el punto de vista de la potencia dominante, E.E. U.U., el enfrentamiento tuvo un costo político altísimo: dañó las ya frágiles y precarias relaciones hemisféricas, desbaratando su política de colaboración con regímenes autoritarios en el Cono Sur y Centroamérica. En cuanto a ambos beligerantes, el desembolso económico fue incalculable y, lo que es peor, el presente *status quo post bellum* creado a partir de 1982 es extremadamente fluido e inestable. En este sentido, es posible que para mejorar su posición con los militares argentinos —ya sea por sí solos o dentro de un gobierno civil como el de Raúl Alfonsín—, Washington apoye una iniciativa orientada a reconocer la soberanía argentina sobre las islas. Lo que estuvo (y aun está) en juego es una redefinición de la cooperación militar horizontal entre Washington y Buenos Aires a efecto de crear una correlación de fuerzas favorables al primero en el mapa político de la cuenca del Caribe y retener la influencia de la cúpula militar norteamericana entre sus clientes latinoamericanos.

El caso de las Malvinas permite estudiar no sólo los vínculos estrechos que se dan entre los fenómenos internacionales, sino que también entre estos últimos y la llamada política "doméstica"³. Para comenzar, este ensayo parte de un supuesto básico: reconoce algo obvio, aunque a menudo olvidado en el estudio de las guerras: su naturaleza intrínsecamente política. Esto es, ellas involucran cuestiones de poder, prestigio y ese vago aunque omnipresente concepto del "interés nacional". Lo que sigue es un ensayo interpretativo⁴ de una guerra en cuanto fenómeno político, sus relaciones con la naturaleza interna de los Estados en conflicto y con las configuraciones de poder regional y global.

II. ¿POR QUE UNA GUERRA?

El dos de abril de 1982, Argentina invadió uno de los últimos vestigios del imperio colonial británico: un conjunto de islas ubicadas a unos 560 kilómetros de su costa. La ocupación de las Malvinas puso de súbito este territorio, vir-

tualmente desconocido hasta entonces, en el foco de la atención mundial. La Marina Real Británica fue despachada prontamente a repeler la invasión, mientras espectadores de todas las latitudes miraban —al comienzo con sorna e incredulidad— el desarrollo de un conflicto tan lleno de absurdos y paradojas que podría bien haber sido una comedia de equivocaciones. Sin embargo, con mortal celeridad y con un alto costo de vidas humanas, lo que comenzó con un mal chiste, pronto escaló a las cimas de lo trágico.

¿Cómo puede ser posible, que en esta época supuestamente cínica y sofisticada haya aún gobiernos capaces de movilizar poblaciones enteras para luchar por conceptos tan vagos como el "interés nacional"? Por cierto que la propaganda de ambos lados dio a esta pregunta una respuesta afirmativa; esto a pesar del hecho innegable de que nunca ha sido los concriptos o reclutas los que inician las guerras —ellos pueden solo ofrendar sus vidas en el altar de Marte—. Una pregunta obvia, es entonces, ¿quién se beneficia y cuáles son los intereses objetivos presentes en el conflicto? En el caso estudiado, las ganancias posibles aparecen insignificantes a primera vista. Ni las islas ni su ubicación estratégica parecieran avalar los riesgos de una confrontación armada. Es cierto que ha habido rumores persistentes sobre la posible existencia de yacimientos petroleros en el mar adyacente y en el sur, se encuentra la posibilidad de acceso a las riquezas inexploradas de la Antártica. Pero éstas son potencialidades sólo a muy largo plazo. Más inmediatamente están las implicaciones legales que un cambio brusco de soberanía tendría para territorios más populosos y económicamente importantes de entre los dominios británicos de ultramar, como es el caso de Hong-Kong y de Gibraltar. Estas consideraciones son, en este momento, simple especulación. Debido a la escasez de discusiones abiertas sobre estos temas, es difícil determinar en la actualidad el grado en que factores económicos y legales potenciales pueden haber influido el enfrentamiento inmediato. (Es axiomático que ningún régimen admitirá el demandar de sus ciudadanos el sacrificio de sus vidas e integridad física por otra cosa que no sean los "más altos principios").

Demás está decirlo, que analizar una guerra no es cosa fácil, en especial cuando sus raíces están ocultas por descripciones anecdóticas, confusas y sensacionalistas. La fascinación por lo militar y su masificación en las perspectivas de video-juego asociadas con la tecnología moderna hacen esta labor aun más difícil. Dada la naturaleza de la información existente, ¿qué posibilidades hay de entender, en perspectiva, la crisis del Atlántico sur? Una verdadera comprensión del conflicto debe ir más allá de estereotipaciones simplistas y monocausales. Un punto de partida sistemático sería examinar la secuencia de eventos y la estructura del conflicto en torno a las líneas de análisis utilizadas por Kenneth Waltz en su ya clásico estudio sobre las causas de las guerras⁵. Como una proposición general, es posible sugerir que

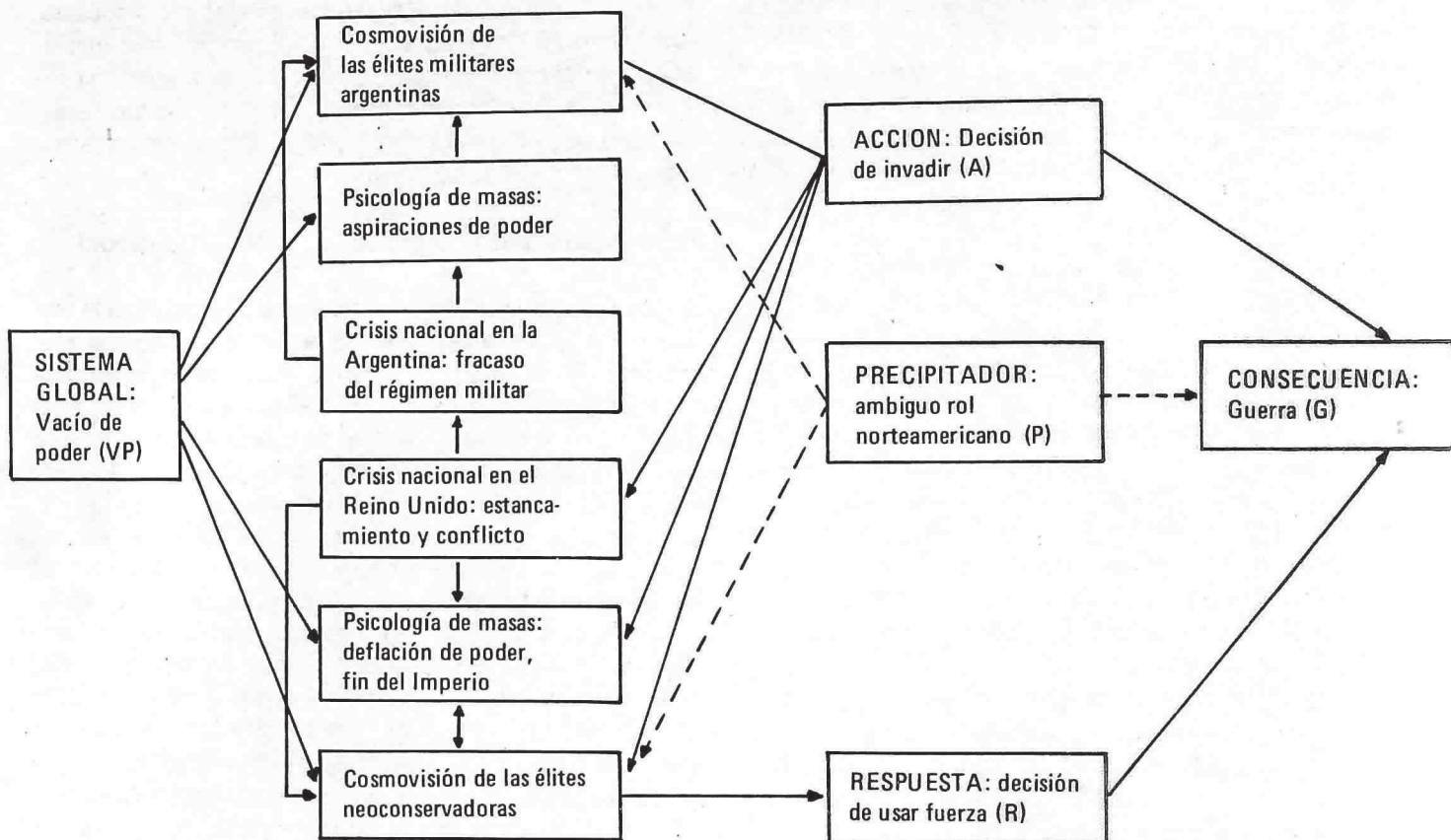
la guerra anglo-argentina fue el resultado de la convergencia de tres tendencias interrelacionadas —sistémicas, nacionales y "psicológico" conductuales—, que afectaron a ambos actores en forma simultánea. Esta configuración creó una situación de choque frontal, que, a su vez, hizo prácticamente inevitable el enfrentamiento militar con todas sus características aparentemente irracionales. (Véase esquema adjunto).

1) Estabilidad doméstica vs. estabilidad global

El primer nivel de explicación se relaciona con la creciente fluidez e inestabilidad del sistema internacional global. Una de las características más notorias de la política mundial, a partir de la posguerra, ha sido el quiebre del antiguo sistema colonial. En el caso de la Gran Bretaña, esto ha significado una retirada política, económica y militar de aquellas vastas regiones donde la dominación inglesa fue por mucho tiempo incontestada. El Golfo Pérsico y, más específicamente, el Atlántico sur son dos ejemplos recientes. El resultado de este "encogimiento" imperial ha sido una creación de vacíos de poder regionales, que las dos superpotencias no han sido aún capaces de llenar. Al mismo tiempo, una visión confrontacionista de las relaciones mundiales, que percibe las interacciones entre ambos bloques como un juego de suma cero⁶, ha acrecentado y complejizado la inestabilidad de las regiones periféricas a los bloques en pugna. Dada la tendencia de los superpoderes a asestarse golpes indirectos a través de Estados y grupos clientes, existen muy pocos conflictos hoy en día —no importa lo localista o limitado de los mismos— que puedan sustraerse a la tendencia de asumir dimensiones globales. La utilización del prisma Este-Oeste tiene otras consecuencias. Aun en los casos en que la influencia de uno de los superpoderes está objetivamente ausente o es insignificante, la mera sospecha de su posible presencia, tiende a inducir a su rival a un tipo de intervencionismo preventivo y reflejo.

En el caso concreto de Estados Unidos, la mantención de dependencias económicas y militares estables en un mundo volátil y cambiante, se hace cada vez más costosa y difícil. Para evitar la erosión del status quo (esto es, para mantener la "estabilidad" en la periferia), Washington ha adoptado una política consciente de apoyo a aquellos regímenes que Jeane Kirkpatrick llama "regímenes autoritarios amistosos"⁷. En esencia lo que la exembajadora del presidente Reagan ante las Naciones Unidas propone es la promoción activa de cualquier tipo de régimen de firme orientación anticomunista, sin relación con su grado de represión doméstica. En muchos casos, las consecuencias de tales "autoritarismos amistosos" en sus respectivas sociedades sólo pueden describirse como catastróficas. En Centroamérica, El Salvador y Guatemala han sido ejemplos de estos tipos de aliados, también este era el caso de Argentina en 1982.

EL CONFLICTO DEL ATLANTICO SUR: UN ESQUEMA DE ANALISIS TENTATIVO



Hipótesis:

1. $G = A + R + P$
2. G es el resultado de la confluencia fortuita y simultánea de 3 factores en *ambos* lados: a) vacío de poder *sistémico*, b) crisis *nacional* (Social, económica y política) y c) a nivel *psicológico* histeria colectiva y cosmovisiones de los líderes. Así, $G = Arg + a + b + c + Ingl (a + b + c) + P$

Sin embargo, es una cosa contribuir al surgimiento y mantención de pequeños regímenes neofascistas de carácter dependiente en la América Central. Otra muy diferente es facilitar la consolidación de protopotencias de segundo orden con similares orientaciones, tales como la Argentina, y el Brasil de los generales, Sudáfrica contemporánea, el Irán del Shah, Corea del Sur o Pakistán de Zia Ul Haq. Los primeros no tienen la capacidad de planear y ejecutar un genocidio sistemático más allá de sus propias fronteras. Los últimos poseen no sólo la voluntad, sino que la capacidad. Con el tiempo y circunstancias propicias, estas voluntades y capacidades tenderán inexorablemente a expresarse. Estos regímenes son alimentados en sus recursos y en sus ambiciones por un flujo continuo de ayuda militar y tecnológica del primer, y también del segundo mundo, irónicamente para

mantener la "paz y la estabilidad". No es imposible que tales regímenes puedan extender sus energías militares y plutónicas "hacia afuera". Es quizás innecesario comentar en las implicaciones de estos desarrollos para la "estabilidad" global.

2) La internacionalización de los problemas nacionales

Lo dicho más arriba nos lleva al segundo nivel de análisis de Waltz: el grado en el cual los conflictos nacionales pueden ser transferidos a la arena internacional. Dos guerras mundiales han demostrado en forma dramática que existe una tendencia por parte de los gobiernos nacionales a "resolver" crisis domésticas usando la arena internacional co-

mo válvula de escape. Nada revela en forma más dramática la contradicción entre el abstracto "interés público" y el interés concreto del público que la utilización del chauvinismo para cubrir deficiencias internas.

Orquestando campañas contra los ultrajes cometidos por enemigos externos, los gobiernos nacionales pueden a menudo hacer olvidar u obscurecer sus propios problemas domésticos. En este contexto, los hechos tienden a distorsionarse, mientras que reformas sociales urgentes se dejan de lado. Sólo en retrospectiva es posible inteligir que la población ha sido movilizada en la defensa de un "interés nacional" retórico que en términos objetivos puede tener poca relación con sus propios intereses. Más bien lo que se halla en juego es primordialmente el prestigio de la dirigencia política. Argentina y Gran Bretaña son un ejemplo de lo dicho más arriba: sería difícil encontrar dos casos más claros de la "necesidad" ocasional y de la funcionalidad doméstica de una "pequeña guerra".

En la Argentina, apenas dos semanas antes de la invasión, el general Leopoldo Galtieri encaraba un resurgimiento de la agitación pública contra su régimen; esto a pesar de la atmósfera generalizada de temor reinante en el país. No sólo la junta aparecía marcada con uno de los peores records en el campo de los derechos humanos en América Latina; su gestión económica —con altísimas cifras de desempleo e inflación— había sido simplemente desastrosa. Es más, al profundo descontento civil se sumaba un serio cuestionamiento de la legitimidad del régimen entre las mismas fuerzas armadas, acentuado por serias discrepancias internas. Estas últimas, se arrastraban a lo menos a diciembre de 1981, cuando el clique de Galtieri derrocó, por medio de un golpe militar, al sucesor preestablecido por los altos mandos para suceder al general Jorge Videla: el general Roberto Viola⁸. Bajo tales circunstancias la aventura militar del régimen se puede entender como un juego muy riesgoso, aunque calculado dentro de la lógica militar, para asentar su prestigio interno y asegurar su propia sobrevivencia. La invasión en el hecho, creó un sentido de unidad y propósito nacionales: la pretensión histórica de soberanía sobre las Malvinas, aunque de una prioridad realmente baja, es quizás el único objetivo político en el que ha existido consenso nacional. Con la invasión, las Malvinas se convirtieron en el eje de la política argentina.

En cuanto al gobierno británico, a pesar de sus profundas diferencias de régimen político con la junta, éste se encontraba en la víspera de los acontecimientos de una situación muy similar. Reconociendo que las consecuencias políticas más amplias de todo el *affaire* se están aún configurando, la inesperada acción de Buenos Aires hirió en un punto neurálgico un proyecto político controversial y hasta aquel entonces no muy popular. Al momento de la invasión, el gobierno de Margaret Thatcher se hallaba asediado

por una grave recesión, un desempleo muy alto y un conjunto de males y tensiones sociales asociados con un programa doméstico generalmente inefectivo e impopular. No es sorprendente entonces que, sin proponérselo previamente, el gobierno conservador utilizara entusiastamente esta distracción externa. Como en el caso de Argentina, la oportunidad de cerrar filas en torno a la bandera y transformar una debilidad en fuerza política constituyeron una tentación irresistible. Por cierto, la respuesta "dura" al desafío argentino no sólo respondió a la imagen de "Dama de Hierro" de la Primera Ministra; la forma casi obsesiva de su gabinete por mantener esa imagen a toda costa, dejaba al gobierno con pocas alternativas. Quizás el envío de la flota haya sido una sobrerreacción. Sin embargo, tuvo el efecto de calmar el descontento doméstico al son de las marciales notas de *Rule Britannia*. El problema fue que para ambos rivales el enfrentamiento se convirtió en forma simultánea en un juego de suma cero⁹ —en el que todo se gana o todo se pierde— y en el que la sobrevivencia política de aquellos en el poder se hallaba en juego.

3. Psicosis de guerra: Ideologías de élites y de masas

Lo dicho más arriba nos lleva necesariamente al tercer factor de la crisis. Este es el sutil aunque importantísimo elemento psicocultural de los conflictos internacionales. Por un lado, está un fenómeno de la psicología de masas: el profundo sentido de ansiedad y frustración social resultantes de la continua desintegración socioeconómica. Para Gran Bretaña la retirada del imperio ha sido una experiencia forzada y menudo traumática (por ejemplo Irlanda del Norte). En más de una forma, la desintegración del viejo orden colonial a partir de la posguerra mutiló la herencia misma del tradicional sentido de superioridad británica. Este proceso inexorable socavó aquel profundo orgullo nacional y sentimiento de seguridad, que hasta hace poco se basaba en la glorificación abierta de un orden imperial. El efecto psicológico de la crisis imperial no se ha limitado sólo a las clases dominantes. Para una mayoría alienada, el colonialismo ofrecía una sensación de participación en el poder, una ilusión quizás, pero generalmente compartida. El proceso de descolonización ha desnudado esta ilusión, dejando en su lugar un creciente temor y un resentimiento de impotencia nacional. El rudo despertar ha producido efectos severos en la cultura política. El shock poscolonial ha desencadenado ominosas tendencias en la opinión pública, una de cuyas reverberaciones recientes, se hizo aparente en el tiempo de la elección de Margaret Thatcher. Es claro que existen importantes sectores de la sociedad británica que rehúsan aceptar un rol secundario en el concierto mundial.

En la Argentina, por su parte, siempre ha existido el mito de una grandeza merecida aunque nunca realizada. El régimen militar de Galtieri, sin un programa propio y real

de nacionalismo económico, recurrió a una campaña política intensamente xenofóbica, que podría describirse como chauvinismo simbólico. Sin embargo, también en este caso, la naturaleza retrospectiva y romántica de una retórica del siglo pasado refleja lo anacrónico de la dirigencia política; su casi total incompreensión del sistema internacional presente.

Tanto en Argentina como en Gran Bretaña, los tambores marciales constituyeron mecanismos eficaces para una suerte de autoafirmación tribal. Ambos regímenes pretendieron diluir el descontento popular a través del cultivo de sentimientos ultranacionalistas. Sin embargo, la experiencia histórica particular de ambos países hizo que las campañas propagandísticas difieran en un aspecto. En Gran Bretaña se apeló a sentimientos de nostalgia por un poder perdido; en Argentina el régimen apeló a frustrados sueños de grandeza ("Argentina, potencial").

Es en este contexto que otro factor psicológico se hace crucial para entender el conflicto del Atlántico sur. Nos referimos a las percepciones de la élite política: la manera en la cual los dirigentes perciben el mundo y —más importante aún— la forma en la cual pueden vencer la oposición doméstica a través de la manipulación de la psicología de masas. La amalgamación y articulación de temores, resentimientos y fobias incipientes, de modo que el foco de atención del público se aleja del gobierno, permite a este sobrellevar el peso del descontento popular. En Gran Bretaña, el gabinete de la Primera Ministra —quizás con la única excepción de Lord Carrington, quien fue la principal baja política del incidente— es acaso un anacronismo contemporáneo, dominado por una visión victoriana del mundo, en el que Inglaterra era el centro de la política mundial. En cuanto a los generales en Buenos Aires, sin ni siquiera los vestigios más primarios de representación y control populares, su imagen de las relaciones internacionales era seriamente distorsionada por un esquematismo geopolítico a lo Von Haushofer¹⁰. Desde esta perspectiva, la fuerza y la guerra misma constituyen no sólo los instrumentos principales de la política, sino que son una virtud intrínseca. A pesar de que tanto en Argentina como en Inglaterra, la guerra no ahogó todas las manifestaciones de oposición doméstica, no hay duda de que ambos regímenes pudieron, al menos por un tiempo, diluir una opinión pública hostil (y en el caso de Argentina) potencialmente subversiva. En breve, la guerra fue un factor crucial para legitimar a las élites dirigentes. La rendición argentina permitió al gobierno de Thatcher consolidar su poder, lo que se expresó en la arrasadora victoria electoral de 1983. El caso opuesto ocurrió con el perdedor, Galtieri, y con un número de militares argentinos que con posterioridad aparecerían como "responsables" del desastre.

La convergencia simultánea de una crisis internacional (sistémica) con serios descoyuntamientos en ambos países,

combinados con los factores psicoculturales esbozados más arriba, creó las condiciones para "asestar el golpe": la invasión argentina y la sobre-reacción británica.

Sin embargo, hasta algunos días después de la invasión, hubiese sido posible que el enfrentamiento armado se hubiese podido evitar de no mediar un conjunto de factores precipitantes. Uno de estos fue que ambos actores cometieron un error de cálculo al suponer simultáneamente que la otra parte estaba "blufando". Lo paradójico es que la guerra fue el resultado de la convergencia entre una sucesión de hechos y circunstancias similares para ambas partes. La más notoria aquí es la simetría situacional e ideológica de los beligerantes. Irónicamente los conflictos armados —si uno examina el fenómeno en la historia— comúnmente ocurren entre actores que no tienen "visiones del mundo" necesariamente incompatibles. Lo más recurrente es que resulten de posiciones ideológicas convergentes con *intereses* incompatibles.

La situación del Atlántico se hizo más complicada por la presencia de un factor "externo": la tentativa de Washington de mediar bajo condiciones objetivamente imposibles. Amarrada por dos tratados defensivos que teóricamente no podrían haber entrado en conflicto —el Tratado del Atlántico Norte, OTAN, y el Tratado de Río, TIAR—, la administración Reagan se vio en un rol difícil y a menudo contradictorio.

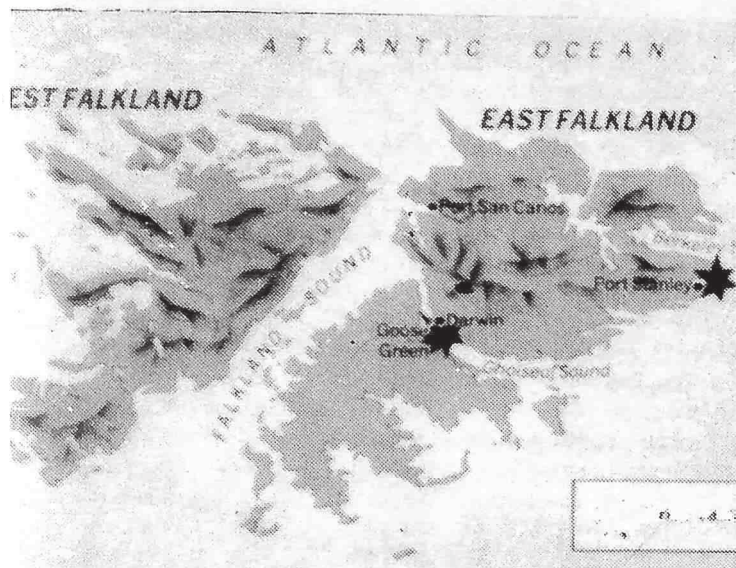
Para complicar más las cosas, la naturaleza misma del Secretario de Estado americano de aquel entonces, el general Alexander Haig, no calzaba en un papel de mensajero de paz. En pasadas crisis, algunos diplomáticos norteamericanos, a pesar de poseer una credibilidad limitada, han podido llevar a cabo negociaciones de paz con relativa competencia. Para ponerlo en términos suaves, la carrera del general Haig no ha sido una de comovedor y pacifista. Esta imagen suya ayudó a escalar la crisis, no a sofocarla.

III. CONSECUENCIAS POSIBLES DEL CONFLICTO

A lo menos, dos escenarios posibles podrían desarrollarse a partir de la crisis del Atlántico sur. El primero dice relación con las implicaciones de mayor alcance para las alianzas existentes. El segundo escenario dice relación con las posibilidades de paz para la región —y aún a nivel global— que surgen del conflicto antes mencionado.

El debilitamiento de las alianzas

Desde el comienzo de la crisis, fisuras en la OTAN fueron visibles; particularmente porque la aparente neutralidad inicial de Estados Unidos amenazaba deteriorar las relaciones entre este país y Gran Bretaña. No obstante, con el



viraje subsecuente de Washington en favor de Inglaterra, combinado con la imposición de sanciones económicas y militares contra Argentina, una división en el pacto atlántico se hizo menos probable. En la Comunidad Económica Europea, a pesar de esto, la solidaridad con el gobierno de Thatcher no fue unánime. Particularmente, a partir del hundimiento del crucero argentino "General Belgrano", muchos miembros de la Comunidad que hasta el momento apoyaban a Inglaterra, empezaron a reconsiderar sus posiciones. Irlanda condenó la acción británica en forma vehemente e Italia retiró su apoyo a las sanciones contra la junta. Francia y la República Federal Alemana en términos más cautos indicaron un claro deseo de permanecer alejados de algunos aspectos de la política británica. De este modo, con el quiebre del consenso en el CEE, la unidad misma de los participantes del pacto del Atlántico se hizo cuestionable.

La situación inversa del mismo problema se expresó en las repercusiones en la América Latina —y el sistema interamericano en su conjunto—, derivados del apoyo a Inglaterra por parte de Washington. Desde la perspectiva norteamericana, las consecuencias potenciales más temidas afectaban la hegemonía económica y militar de este país sobre el área. Por cierto, iban más allá de la disputa anglo-argentina. Para la cúpula dirigente americana, la situación se presentaba como un acto de equilibrio potencialmente desastroso. Acostumbrados a ver el conflicto internacional en sólo términos de Este-Oeste, el equipo Reagan —en la mejor circunstancia un grupo incapaz de responder a una crisis real— se encontró con la necesidad imperiosa de mediar entre dos aliados importantes en dos regiones claves del mundo occidental. Esto se hacía tanto más dramático y complicado en tanto que involucraba el choque de dos sistemas de defensa colectiva que nunca se concibieron como antagónicos. De otra parte, en su condición de líder en la OTAN, E.E. U.U.

estaba militarmente comprometido a la defensa de Europa occidental. Además, en un momento histórico en el que los sentimientos antiamericanos en el continente europeo habían escalado en torno al movimiento antinuclear, la administración Reagan difícilmente podría permitirse el negar apoyo a su único aliado ideológico incondicional en la región —el gobierno de Margaret Thatcher—. No haber actuado así habría significado no sólo la alienación de ese aliado. Ese gesto podría haber contribuido aún a la derrota política y reemplazo posible de Thatcher por un gobierno menos inclinado al reaganato. Esta situación hubiese tenido consecuencias nefastas para el objetivo militar de Washington en Europa, el que han encontrado constante y fuerte oposición en toda el área, como ha sido el caso con los emplazamientos de proyectiles Cruise y Pershing.

Por otra parte, al hacer suya la causa británica, E.E. U.U. minó significativamente su propia posición como poder regional dominante en el sistema interamericano. Forzada a definirse (a riesgo de alienar a ambos lados), la administración Reagan optó por Gran Bretaña, quizás en la creencia de que, en caso necesario sus aliados latinoamericanos de derecha podrían reemplazarse más fácilmente y que eran, por lo tanto, "más sacrificables" que sus homólogos británicos. La dominación continental, sin embargo, siempre presentó el peligro de un "efecto de dominó" a nivel continental: E.E. U.U. no puede imponer sanciones contra sus clientes latinoamericanos y simultáneamente mantener el tratado de Río, la Doctrina Monroe, en resumen, la paz americana.

El caso argentino ilustra este dilema particular. En cuanto a mantener una fuerte presencia anticomunista en el Cono Sur y, más tarde, como proveedor de ayuda militar a regímenes de extrema derecha en la América Central, la junta argentina demostró una amistad sin vacilaciones hacia Washington. Es más, al revés de la mayoría de países del Tercer Mundo, los generales argentinos han desechado expresamente la noción de países "ricos" explotativos frente a un conjunto de países "pobres" y subdesarrollados. Por ejemplo, el régimen militar argentino (junto con Sudáfrica y Brasil de entonces) adoptó la posición de la administración Reagan que percibe el mundo en términos de países "libres" frente al "comunismo". Es por esto que el apoyo a Inglaterra fue fuente de gran acrimonia. El mismo general Galtieri lo expresará así en una entrevista con la periodista Oriana Fallaci:

"Sí, hay una profunda amargura en mí. Una tremenda desilusión. Porque los norteamericanos saben muy bien que, también como comandante en jefe del ejército, es decir antes de ser presidente, yo he intentado por todos los medios de mantener buenas relaciones con su gobierno, no solo en el presente sino también en el futuro, estos vínculos con nosotros eran para

ellos más que indispensables y debo decir que las relaciones personales que había establecido con el gobierno de Reagan eran excelentes.

Nos entendíamos bien los norteamericanos y yo, y debíamos hacer muchas cosas juntos en el continente. Tanto para mí como para el pueblo argentino, la actitud de los norteamericanos se define en una palabra: traición”¹¹.

La movida americana no sólo fue percibida en la América Latina y el Tercer Mundo, en general, como una humillación, sino como un acto de connotaciones racistas del bloque anglo-americano-europeo manifestado en aparente desprecio por el mundo latino. Para los generales de la Casa Rosada fue difícil aceptar que Washington después de haber alentado la existencia del tipo de régimen “autoritario amistoso” que ellos establecieron en el país, no haya permanecido, a lo menos neutral frente a Inglaterra. Además la única explicación “honorable” para su catastrófica derrota era el mito de que perdieron frente a la fuerza combinada de dos superpotencias: Inglaterra y E.E. U.U. Por lo tanto, al menos por un tiempo y en la medida en que la junta militar no deseaba añadir un fracaso “profesional” a su récord desastroso, no pudo normalizar sus relaciones con el vecino del Norte y destruir aquel mito. Esto minó aún más su resquebrajada base de sustento doméstico. A la larga y a pesar de todo, la sobrevivencia de la dictadura y la preservación de la casta militar argentina aún dependía en gran medida del apoyo de Washington. Las realidades de la política latinoamericana pueden resultar, sin embargo, más fuertes que egos heridos y la “honra” militar. La redemocratización ha facilitado precisa y paradójicamente la reconstrucción de este vínculo debilitado.

El resentimiento hacia Washington no se limitó solamente al generalato argentino. En la mayoría de los países de región, aún aquellos tradicionalmente hostiles a la Argentina, se dieron demostraciones muy fuertes de solidaridad con la junta. En cierta medida este apoyo puede haberse basado en pretensiones territoriales similares, tales como los planteos guatemaltecos en relación con Belice, que el régimen militar de turno quería igualmente resolver por la fuerza. No obstante y en general, esta actitud refleja una antipatía generalizada en la región (y en el Tercer Mundo) hacia cualquier cosa asociada con un pasado imperialista.

Esta sensibilidad extrema no es sólo un fenómeno popular. Aun regímenes impopulares de extrema derecha y dependientes de E.E. U.U. (cuya propia existencia, irónicamente requiere la perpetuación de relaciones desiguales entre naciones desarrolladas y subdesarrolladas) tienden a mirar al poder dominante en la región con un rencor difícilmente disimulado. Aun el régimen militar salvadoreño de entonces, a pesar de la guerra civil, en la que la ayuda americana era y es esencial, denunció a Washington por haber

“quebrado el Tratado Interamericano de Defensa” apoyando a Inglaterra. Como una forma peculiar de “diálogo Norte-Sur” la guerra del Atlántico sur exacerbó un conjunto de sentimientos históricos, muchos de los cuales estaban presentes en la conferencia de Cancún en 1981. En el plazo corto, el apoyo americano a Inglaterra creó serios obstáculos en los esfuerzos de Washington para ganar adeptos en su cruzada contra-insurgente en la América Central en donde Argentina era una pieza central en la ofensiva contra Nicaragua y las guerrillas en El Salvador¹². No deja de haber cierta ironía poética en una situación en la cual el desestabilizador principal de la dominación americana en el hemisferio, no ha sido, como se ha pretendido tanto, la URSS, Cuba o revolucionarios al estilo cubano, sino que primordialmente la sobrerreacción del aliado más cercano de Estados Unidos. El incidente de las Malvinas tuvo la capacidad de desencadenar un nacionalismo latinoamericano que aparecía ausente en la región, por lo menos durante un par de décadas. Igualmente, pudo al menos por un corto tiempo fortalecer la solidaridad continental de una manera impensable en este siglo. Estas tendencias internacionales pueden, además, tener importantes repercusiones en la política doméstica especialmente en el mediano y largo plazo.

Un realineamiento de los militares latinoamericanos, fuera del ámbito clientelístico del Pentágono como vinculación externa (y su doctrina de la guerra interna), puede llevar a una definición más convencional de su papel profesional, y sus necesidades de tecnología de armamentos. Esta definición requeriría, por cierto, una ampliación dramática de su base de apoyo interno en la sociedad civil. En este sentido, un retorno a fórmulas políticas populistas y corporativistas, como en los años 30, no aparece como una alternativa imposible. En la esfera de la política económica, esta redefinición puede llevar también a una reevaluación seria —sino un rechazo— de las políticas de tipo monetarista y un resurgimiento de un modo de desarrollo de carácter estatista con sustitución de importaciones. Esto ya se ha presentado en relación con la crisis de endeudamiento. De más está decirlo, estas posibilidades permanecen fluidas y hasta el momento, indeterminadas. El presente sistema de dominación internacional e interno puede ser capaz de sobrellevar disfunciones múltiples. Por un cierto tiempo, al menos en el último caso, el status quo podría reestablecerse después de un breve período de reajuste, como parece ser el caso presente.

A todo esto, ¿cómo se encuadra la Unión Soviética en esta situación? Más que ninguna otra cosa, esta pregunta subraya las profundas limitaciones de la política exterior del reaganato. Incapaz de ver los conflictos excepto a través de un prisma de confrontación Este-Oeste, la presente administración se ha enfrentado, con gran confusión a otras realidades. La guerra en el Atlántico no implicó una amenaza

desde "afuera" del bloque americano, sino más bien una peligrosa escalada dentro del mismo campo occidental.

Algunos analistas han expresado preocupación en el sentido que las dañadas relaciones entre América Latina y E.E. U.U., pueden abrir nuevas posibilidades para una participación directa de la Unión Soviética. Sin embargo, la URSS tiene poco que ganar y mucho que perder al involucrarse con más profundidad en la convulsionada política de la región yendo más allá de su presente y costosa asociación con Cuba y su emergente aunque cauteloso apoyo a Nicaragua. Si alguna vez existió una ventaja derivada de la distancia ideológica aparente entre la URSS y los dos profundamente anticomunistas actores bélicos, este momento fue el del conflicto del Atlántico sur. En realidad, la Unión Soviética no podría participar directamente a favor de la Argentina más que podría hacerlo en el lado británico; esto sin incurrir en un costo político y militar considerable. Tampoco esa movida podría ofrecerle recompensas tangibles en el sentido de fortalecer su vínculo económico substancial con la república del Sur.

Por lo tanto, la URSS hizo muy poco, si es que hizo algo, más allá de observar el juego, fuera de la cancha (como lo hizo durante la guerra) mientras ambos adversarios se asestaban golpes. En este sentido, es posible observar que las políticas americanas hacia la región tienen el potencial de convertirse en profecías autoinducidas. Desde la perspectiva de la guerra fría, la influencia soviética, podría aumentar por defecto en la ausencia de otros factores. En el hecho, para el equipo en el Kremlin, interferir, directamente para dismantelar el sistema de defensa colectiva occidental en un momento en que los diversos componentes de este último estaban llevando a cabo esa tarea en forma eficiente e independiente, hubiese sido un acto irracional. Es más, la Unión Soviética tiene suficientes problemas en su propia esfera de influencia (Polonia, Afganistán) para lanzarse (voluntariamente) a un cometido de este tipo.

El efecto de vórtex

Lo dicho anteriormente no quiere decir que las superpotencias hubieran estado inmunes a verse absorbidas involuntariamente en el conflicto si éste se hubiese extendido a otros países. Si este fuera el caso, habría sido difícil para cualquiera de ambas superpotencias permanecer fuera. Como ya se indicó, Estados Unidos se encontró directamente implicado aunque sin buscarlo. Privado de sus poderes de gendarme regional, Washington fue incapaz de mantener la paz americana. El complejo sistema de resolución de conflicto hemisférico controlado por E.E. U.U., desde la Segunda Guerra Mundial, fue súbitamente un artefacto inoperante y es posible que continúe paralizado por un buen tiempo. Como resultado, una reliquia de pasado, el sistema de equilibrio de fuerzas subyacentes entre las naciones sudamerica-

nas (y que tiene la capacidad potencial para multiplicar y acelerar conflictos) se reactivó.

Dada la existencia de tensiones históricas entre Argentina y Chile y Perú, Perú y Ecuador y Colombia, Colombia y Venezuela, para no mencionar Argentina y Brasil, se dio la posibilidad de un escenario parecido al de agosto de 1914. No es sólo posible que una reemersión de las hostilidades pudiese expandirse más allá de los beligerantes, sino que conflictos locales puedan proliferarse y extenderse por todo el continente (por ejemplo, la disputa del Canal Beagle entre Argentina y Chile o viejas rivalidades entre Argentina y Brasil).

Si se toman en consideración las condiciones de la tecnología militar presente, el sistema de comunicaciones y las alianzas, este tipo de conflicto podría producir un vórtex destructivo sin fondo, una tormenta de fuego regional que se tragaría inevitablemente aun a aquellos que quisieran permanecer al margen. Obviamente nada de lo dicho ha pasado de ser especulación. Esto último no significa, sin embargo, que no haya un potencial real para ampliar el círculo de violencia bélica como un resultado del episodio de las Malvinas o de uno semejante en el futuro. A lo menos el fiasco argentino puede resultar en una tendencia revanchista, la que indudablemente acarrearía una peligrosa carrera armamentista a nivel continental. Estas alternativas se hacen tanto más ominosas por el hecho que varios gobiernos argentinos, remontándose a la época de Perón en los años 40, han buscado activamente una opción nuclear. Desde mediados de los años 70, el país ha tenido la capacidad de producir —aunque no de transportar— a lo menos una bomba nominal¹³ de plutonio al año. La exportación de tecnología nuclear para usos pacíficos desde Europa occidental, especialmente, la República Federal Alemana, y más recientemente Canadá, ha acrecentado esta capacidad. No siendo la Argentina uno de los signatarios del tratado de Tlatelolco sobre la desnuclearización de América Latina, y habiendo manifestado intenciones de seguir el camino nuclear, una nueva guerra "limitada" en el Atlántico sur, podría en similares circunstancias, ser la llave de una caja de Pandora. . .

No se sabe a ciencia cierta si Argentina posee en la actualidad o poseería pronto la capacidad de construir un artefacto nuclear operacional. Sin embargo, dado su comportamiento doméstico e internacional, aun la más remota posibilidad de que ello exista es alarmante. Igualmente alarmante es la conducta internacional de su extremadamente bien armado adversario británico, desplegando un tipo de macho-política normalmente asociado con una caricatura de los generales latinos. Por cierto, las acciones del gobierno de Margaret Thatcher parecen indicar que no sólo la guerra es la extensión de la diplomacia por otros medios; la extensión de la guerra significa la erradicación de la diplomacia.

Como en los laberintos de tiempo circular de los escritores latinoamericanos modernos, la historia siempre parece estar llena de recovecos y paradojas. Cuando Gran Bretaña invadió Buenos Aires en 1806, no era la intención de la Corona el producir la caída del Imperio Español en América. Sin embargo, al perpetrar el hecho, Inglaterra puso en mar-

cha una cadena de eventos que culminaran en Ayacucho, unos dieciocho años más tarde, con la emancipación de las repúblicas latinoamericanas. Es posible que una vez más, sin darse cuenta ni proponérselo, Gran Bretaña haya dado la chispa para iniciar un proceso histórico cuyas implicaciones pueden ser incalculables.

NOTAS

1. Véase: J. Nef y F. Rojas. "Dependencia Compleja y Transnacionalización del Estado en América Latina". *Heredia Costa Rica: Relaciones Internacionales* (Nos. 8-9, 1984). UNA. pp. 101-122. Un tratamiento del modelo de "interdependencia compleja" se encuentra en Robert Keohane y Joseph Nye, **Power and Interdependence. World Politics in Transition**. (Boston. Little, Brown and Co. 1977). pp. 3-37.
2. Para una definición de funciones latentes y manifiestas, véase: **Robert Merton Social Theory and Social Structure**. (New York. Free Press. 1966). pp. 60-64.
3. El concepto fue originalmente elaborado por James Rosenau en **Linkage Politics**. Douglas Chalmers lo aplicó al contexto latinoamericano en "Developing in the Periphery: External factors in Latin America Politics", en Yale H. Ferguson (ed.), **Contemporary Inter-American Relations. A Reader in Theory and Issues**. (Englewood Cliffs. Prentice Hall. 1972). p. 12.
4. J. Max Weber. **The Theory of Social and Economic Organization**. (Glencoe Free Press, 1974). pp. 90-92.
5. Para una definición de "juego de suma cero", véase Anatol Rappoport, quien hace una distinción entre dos tipos de juegos: a) juegos de suma variable, aquellos en los que los participantes pueden todos ganar, minimizar las pérdidas o todos perder; b) juegos de suma cero, aquellos en los que la suma de las ganancias de uno son iguales a la suma de las pérdidas del otro. Esto es, que las ganancias de uno de los jugadores son, automáticamente, pérdidas para el otro. Un buen resumen de las teorías de Rappoport se encuentra en Karl W. Deutsch, **The Analysis of International Relations**. 2a. ed. (Englewood Cliffs N.J. 1978). pp. 139-142.
6. Kenneth Waltz. **Man, The State and War. A Theoretical Analysis**. (New York. Columbia University Press. 1968). pp. 16-41.
7. Jeane Kirkpatrick, citada en **Commentary**. Vol. LXXII, No. 5. (Noviembre. 1981). pp. 42-45. El concepto de "regímenes autoritarios amistosos", sin embargo, fue usado con bastante más anterioridad por Henry A. Kissinger véase, por ejemplo Kissinger entrevistado por **Dialogue**, publicación de la Comisión Trilateral. No. 19. (Otoño. 1979). p. 3.
8. **Time**. 21 de diciembre de 1981. p. 28. El artículo referido hace mención al golpe que derribó al general Roberto Viola. Específicamente se menciona que el sucesor de Viola, general Leopoldo Galtieri, es "un hombre del agrado de Washington".
9. Rappoport. **Op. cit.**
10. Un buen resumen de las posturas geopolíticas y su relación con el estado represivo, referidas al caso de Brasil, aunque perfectamente aplicables a los países del Cono Sur, se encuentra en Weil, Comblin y Senese, **The Repressive State, The Brazilian National Security Doctrine and Latin America**. (Toronto: LARU Studies. Documento III, No. 2. 1976). pp. 36-63. Versiones más abreviadas en inglés y español pueden encontrarse bajo los títulos de "Latin America's version of National Security", en *América* (febrero 21, 1976); "La Doctrina de Seguridad Nacional", en *Mensaje* (marzo-abril de 1976); y "Evolución de la Seguridad Nacional", en *Noticias Aliadas* (16 de diciembre de 1976); todas estas escritas por Joseph Comblin.
11. Véase entrevista de Oriana Fallaci al general Leopoldo Galtieri. "El Arbol Caído", en *Cambio* 16. (No. 551. Mayo 21 de 1982). p. 56.
12. **Ibíd.**
13. Una bomba nominal se refiere a un artefacto nuclear con un poder de 20 kilotones (20 mil toneladas de TNT) o el equivalente de la bomba detonada en Hiroshima.